


3898

174
SÓFOCLES

EDIPO REY

Tragedia en cinco actos

Martinez


MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

EDIPO REY

EDIPO REY

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

DE

SÓFOCLES

VERSO DE

MARTINEZ DE LA ROSA



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barará, 15.

1915

PERSONAJES

EDIPO, rey de Tebas.

YOCASTA, reina.

EL SUMO SACERDOTE, DE JÚPITER.

HYPARCO, antiguo ayo de Edipo.

FORBAS, anciano de Tebas.

UN MENSAJERO, DE CORINTO.

DOS NIÑAS, hijas de Edipo.

Coro, pueblo, guardia, esclavas.

La escena en Tebas.



ACTO PRIMERO

El teatro representa una plaza magnífica: en el fondo se ve el pórtico del palacio; a su derecha, la fachada del templo de Júpiter; y en el lado opuesto, la entrada del panteón de los reyes. El recinto de la plaza aparece lleno de grupos de gente, con ramos de olivo en la mano y guirnaldas en la cabeza, en señal de súplica, postrada ante dos aras que habrá colocadas a la puerta del templo: después de oírse los acentos de una música religiosa, y al mismo tiempo que amanece, principia el canto del coro; y al concluirse éste sale del templo el sumo sacerdote.

ESCENA PRIMERA

EL SUMO SACERDOTE, coro y pueblo.

CORO (a)

¡ Acoge nuestros votos,
oh Jove soberano :
aparta de tu mano
el rayo vengador !

ESTROFA I

Si alzamos nuestros ojos,
rasgarse ven el cielo ;
a nuestros pies el suelo
retiembla con pavor.

(a) Las estrofas 1, 3 y 5, las cantará un hombre; y las 2, 4 y 6, una mujer.

ESTROFA II

Suspende, Dios tremendo,
suspende tu venganza :
y un rayo de esperanza
anuncie tu favor.

CORO

¡ Acoge nuestros votos,
oh Jove soberano :
aparta de tu mano
el rayo vengador !

ESTROFA III

Si en ira te encendieron
los padres delincuentes,
los hijos inocentes
desarmen tu rigor.

ESTROFA IV

Al menos, en nosotras
el rayo ardiente vibra ;
y a nuestros hijos libra
de tanto y tanto horror.

CORO

¡ Acoge nuestros votos,
oh Jove soberano :
aparta de tu mano
el rayo vengador !

ESTROFA V

Concede a los mancebos
morir cual esforzados,
del lauro coronados,
no a manos del dolor,

ESTROFA VI

De Tebas las doncellas
te invocan afligidas.
En tumbas convertidas
las aras del amor.

CORO

¡Acoge nuestros votos,
oh Jove soberano :
aparta de tu mano
el rayo vengador !

SACER. ¡Respirad, o tebanos !... Ya los dioses
vuestros humildes votos acogieron ;
y el término se acerca a tantos males,
anuncio de la cólera del cielo ;
padres, hijos, esposos, ciudadanos,
¡tranquilos respirad ! Sobrado tiempo,
agolpados al borde de la tumba,
temblasteis de la muerte al crudo aspecto ;
el fuego asolador, la peste, el hambre,
cuantas plagas encierra el hondo Averno
sobre Tebas a un tiempo desplomadas,
la trocaron en mísero desierto,
y hasta la misma tierra, estremécida,
se negaba a sufrir su ingrato peso.
¡Mas al fin ya los númenes benignos
el brazo de venganza suspendieron !
Y por primera vez tras largos años
sonó su voz en el augusto templo.
¡Yo lo escuché, mortales ! Más tremenda
que el huracán y el espantoso trueno,
yo la escuché, y el mundo con asombro
hoy la oirá de mi labio.—En vano ciegos
descansan tras el crimen los mortales,
cual si olvidase su castigo el cielo ;
que llega al fin el formidable día
destinado a la ruina y escarmiento,
y el soplo de los númenes deshace
las ciudades, los tronos, los imperios.

Mas hoy ya solo, en su piedad inmensa,
una víctima exigen, no pudiendo
dejar impune el crimen más oculto :
y al punto que le venguen, satisfechos
con el largo dolor que afligió a Tebas
el duro azote arrojarán al fuego.

ESCENA II

SUMO SACERDOTE, EDIPO, coro y pueblo.

EDIPO (Al salir del palacio.)
¿Será verdad, ministro de los dioses,
que ha respondido el Númen...? Sus decre-
revela a los mortales que ya Edipo [tos
se apresta a ejecutarlos.

SACER. (Con énfasis.) El momento
aun no ha llegado, Edipo ; mas se acerca,
y en breve llegará.

EDIPO Si tanto anhelo
la voluntad saber del almo Jove,
no a ello me incita el criminal deseo
de sondear los íntimos arcanos
que esconde al mundo ; de mi amado pueblo
la infeliz suerte, su penar, su angustia...
SACER. Van a cesar en breve.

EDIPO ¿Cuándo
SACER. Hoy mesmo.

EDIPO ¡ Gracias os doy, o Númenes piadosos,
por tan grande merced !... El llanto acerbo
en lágrimas trocasteis de ternura ;
y libre ya del congojoso peso,
de júbilo colmado y de esperanza,
siento latir mi conturbado pecho.
Venid, hijos, llegad, cercadme todos ;
alzad las manos y la voz al cielo ;
benedicid su bondad...

SACER. Y su justicia.

EDIPO (Con sorpresa.)
Sacerdote, ¿ qué arcano, qué misterio
encierran dos palabras?... Por dos lustros,

cercados de peligros y tormentos,
arrastramos el peso de la vida,
viendo el sepulcro a nuestros pies abierto ;
y cuando el sumo Jove por su labio
palabras nos ofrecé de consuelo ;
cuando hoy mismo los males de la patria
van a cesar ; y el corazón, abierto
a la dulce esperanza, al cielo envía
de gratitud los votos más sinceros,
¡ tú solo, tú, ministro de los dioses,
con ceño adusto y con terrible acento
amargas nuestro júbilo !... No : deja
que libres de mortal desasosiego
respiremos siquiera un solo instante ;
deja que nuestros males olvidemos,
y bendigamos la piedad divina,
que ya el iris de paz tiende en el cielo.

SACER. Lo tiende, sí ; mas el tremendo rayo
antes caerá, sin que retumbe el trueno ;
y postrada la víctima culpable
servirá al mundo de salud y ejemplo.

EDIPO ¿Qué víctima? ¿qué culpa? habla, prosí-
el mandato del Dios sumiso espero ; [gue ;
y el poder que su diestra me confía
servirá a su justicia de instrumento.

SACER. Mas segura es, Edipo, su justicia :
más alcanza su brazo que tu cetro.

EDIPO Ló sé ; mas desde el punto en que los dio-
al trono me elevaron, justo y recto [ses
la virtud coroné ; castigué el crimen :
¿cuál quedó impune, cuál?

SACER. El trono excelso
de Layo ocupas, su diadema ciñes,
¡ y tú me lo demandas !...

EDIPO (Con paúsa y dignidad.) Extranjero,
en Corinto nacido, largos años
las ciudades de Grecia recorriendo,
un acaso feliz me trajo a Tebas,
cuando la fama proclamó a lo lejos
que al que osase librarla de la Esfinge
la corona de Layo daba en premio.
No la vana ambición movió mis pasos ;

¡ por los dioses lo juro ! que contento
con ocupar el trono de Corinto
(cuando mi anciano padre el común feudo
pague a la tierra), con desdén miraba
de extraño solio el brillo lisonjero.
Mas el amor de gloria, la impaciencia
del juvenil arrojó, y el deseo
de imitar a los héroes de mi estirpe,
a la tremenda prueba me trajeron.
Vosotros lo sabéis, nobles tebanos ;
a mi vida la vuestra anteponiendo,
desaté el fatal nudo, vencí al monstruo,
de sus sangrientas garras salvé al pueblo ;
y solo ambicioné por recompensa
merecer vuestra estima y vuestro afecto.
Mas huérfano el Estado, abandonadas
con grave mal las riendas del gobierno,
muerto por mano oculta el justo Layo,
su palacio y su tálamo desiertos,
el clamor de la patria y vuestros votos
a mi pesar al trono me ascendieron.

SACER. ¿No le viste con sangre salpicado?
¿Qué hiciste por vengarla?...

EDIPO Sabe el cielo
que un punto no olvidé tamaño crimen ;
y que al unir mi diestra el himeneo
con la de vuestra reina, su venganza
cual esposo y monarca juré a un tiempo.
¿Mas es mi culpa que el destino quiera
envolver en las sombras del misterio
el parricidio atroz? ¿Es culpa mía
que en la ruina fatal de todo un reino
tal vez escónda el lóbrego sepulcro
los testigos, los cómplices y el reo?...

SACER. ¡Aun vive el parricida : aun vive, Edipo !
y emponzoña la tierra con su aliento...

EDIPO ¿Quién es? ¿Dónde se oculta? ¿Dó se es-
[conde?

SACER. Con su elevada frente insulta al cielo ;
mas al grabar su huella ensangrentada,
la eterna maldición le va siguiendo.

PUEBLO ¡Qué horror !

SACER. (Con tono de inspiración.)
¡Oid, y temblad! Yo su cabeza
a los dioses consagro del averno,
que siquiera logre en su agonía
pasar las negras ondas del Leteo :
que en triste soledad y eterna noche,
sin patria, sin asilo, sin consuelo,
errante vague en la asombrada tierra,
y le nieguen los hombres agua y fuego ;
hasta sus mismos hijos en su sangre
el crimen lleven y el castigo horrendo ;
y la execrable raza, maldecida,
¡quede a los siglos cual padrón eterno ! (Re-
tírase el Sumo Sacerdote; y poco a poco vanse disipando
también los grupos de gente, yéndose por diversos lados.)

ESCENA III

EDIPO

Yo os invoco también, Númenes sacros
que presidís en el oscuro reino,
¡yo os invoco también!... Mostrad al mun-
vuestro poder, terror de los perversos ; [do
y el parricida atroz no halle refugio
ni de la tierra en el profundo centro ;
por vez postrera sus culpables ojos
miren el resplandor del claro cielo ;
la muerte implore, ¡y ni la muerte quiera
poner fin a sus bárbaros tormentos !

ESCENA IV

EDIPO y YOCASTA

YOCAS. ¿Qué nuevo mal nos amenaza, Edipo?...
Que hasta a el palacio mismo llevó el eco
tus confusos acentos ; y al oírlos,
de terror y congoja me cubrieron.

EDIPO Antes, amada esposa, ya los dioses
ofrecen deponer su airado ceño ;

- y a la afligida Tebas amparando,
solo al crimen amagan justicieros.
- YOCAS. ¿Será posible que Yocasta vea
un solo día plácido y sereno,
y que logre abrazar sus tiernas hijas
exenta de temores y recelos?...
Ha un instante que inquietas y azoradas
a mi triste regazo se acogieron ;
y al querer estrecharlas, con espanto
las rechazaba mi agitado seno :
mi corazón leal una vez y otra
repitió su fatal presentimiento,
y una secreta voz dentro del alma
me anunció nuevas penas, males nuevos.
- EDIPO Tranquilízate, esposa ; y no así dobles
tú misma tus pesares, ofendiendo
a los supremos dioses, cuando píos.
acogen hoy nuestro ferviente ruego ;
salvos tus hijos, libertada Tebas,
vuelto a las leyes su sagrado imperio,
seguro el trono, y la inocente sangre
vengada al fin...
- YOCAS. ¿Qué dices? ¿será cierto?
- EDIPO Los dioses la sentencia han pronunciado
del atroz regicida ; y al momento
que se cumpla el oráculo terrible,
su brazo protector salvará al reino.
- YOCAS. Logren mis ojos ver tan fausto día ;
lógrenlo ver, y satisfecha muero !...
Sí, Edipo, los pesares en mi alma
una herida cruelísima han abierto,
y miro con desdén cuantos encantos
ofrecerme pudiera el universo.
¡ No hay dicha para mí !... Yo vi a mi esposo,
con honda herida traspasado el pecho,
entrar exangüe por las mismas puertas
que vió al salir ornadas de trofeos ;
yo le escuché desde la negra tumba
pedir venganza con tremendo acento,
mientras ignoto, impune el parricida
quizá insultaba su sepulcro regio :
mas de sufrir los dioses se cansaron

a la maldad sacrilega ; y abriendo los diques a su enojo, en su venganza la inocencia y el crimen confundieron. Un solo día respiró la patria, y la dulce esperanza me dió aliento, cuando vencido el sanguinario monstruo, libertador y rey te clamó el pueblo ; por en medio de ruinas y sepulcros el mismo me condujo al sacro templo, y por la paz de Tebas y su gloria convertí en nupcial pompa el triste duelo. ¡ Mas cuán breve pasó nuestra ventura, cuán breve, caro Edipo !... Como un sueño voló ; y al despertar despavoridos, se mostró más cruel el hado adverso. ¿ Lo recuerdas, Edipo ? El mismo día en que vimos nacer un hijo tierno, y con llanto de amor le bendijimos como prenda de unión y de consuelo ; el mismo día, en que la triste patria el logro celebró de sus deseos, viendo afianzada su futura suerte ; en ese día, de fatal agüero, parece que los dioses contemplaron con enojo y horror nuestro contento. Aun sonaban los cánticos y albricias en las sagradas bóvedas del templo, y el pueblo enternecido encomendaba el niño augusto a la piedad del cielo ; cuando con ronco estruendo retemblaron de la tierra los íntimos cimientos, y el rayo vengador del sumo Jove confundió sobre el ara el sacro fuego. ¡ Cuántos males de entonces, cuántos males sobre nosotros, míseros, cayeron ! Y aun hoy mismo ¿ quién sabe si mayores ?

EDIPO

No, Yocasta : los númenes supremos castigan y se vengan, mas no engañan ; no son hombre, Yocasta !... Hoy ofrecieron poner término y fin a nuestros males ; hoy terminó tendrán.

YOCAS.

¡ Quíeralo el cielo !

EDIPO. Pero no entre el temor y la esperanza
tan preciosos instantes malogremos,
en vez de apresurar el feliz plazo
con fe sincera y religioso ruego ;
antes bien ; a la voz de su monarca,
a la tumba de Layo acuda el pueblo,
y con fúnebre pompa y sacrificios
sus indignados manes aplaquemos.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

EDIPO, HYPARCO, pueblo y coro.

Saldrá gran número de tebanos, dirigiéndose al panteón de los reyes, con pebeteros humeando, vasos sepulcrales, ramos de ciprés, etc. Entretanto, al son de una música grave y patética, cantará el coro los siguientes versos; e inmediatamente después se presentará en la escena Edipo, acompañado de Hyparco, y cesará el canto.

CORO

Aplaca rey augusto,
aplaca ya tus manes:
y escucha de tus hijos
¡ las tristes voces y sentidos ayes !

EDIPO ¡ Qué tristeza tan plácida y suave
hoy por primera vez disfruta el alma,
tras la afanosa lucha y agonía
que mi sensible pecho atormentaba !...
¿ Oyes, Hyparco amigo ?... Esos acentos
que hasta los mismos cielos se levantan,
llevando las súplicas del hombre,
El rigor de los Númenes aplacan ;
el inmenso concurso de cien pueblos
sumisos precediendo a su monarca,
y en la mansión entrando de la muerte,
con temor santo y religiosa planta ;
el confuso murmullo, los sollozos,
el llanto de ternura y de esperanza,
la vista de los males que se alejan,

paz y consuelo en mi interior derraman.
¡ Bendita tu bondad, bendita sea,
supremo Dios del mundo ! Y si te agradan
los votos de los míseros mortales,
que ansiosos cercan las divinas aras :
si el llanto de millares de inocentes
un crimen solo a redimir alcanza,
y la sangre de un pueblo desdichado
consiguió ya borrar la enorme mancha ;
dígnate apresurar, Dios, de clemencia,
el término feliz de tantas plagas,
y los ecos de muerte trocaremos
en cánticos de gloria y alabanza !
Seguid, hijos, seguid : con vuestras voces
procurad aplacar la sombra airada
del mejor de los reyes, entre tanto
que yo penetro en la tremenda estancia :
al pie de su sepulcro, entre las tumbas
dos mil héroes y príncipes descansan,
tal vez de la verdad la voz severa
llegará a los oídos de un monarca ;
que al pisar los umbrales de la muerte,
el poder tiembla y la lisonja calla.

(Mientras Edipo haya estado diciendo los anteriores versos, los tebanos habrán salido sucesivamente del panteón, donde habrán dejado las ofrendas, y se hallarán ya distribuidos en grupos por la escena. En cuanto se va Edipo, vuelve a empezar la misma música que acompañó antes el canto.)

ESCENA II

HYPARCO, pueblo y coro.

CORO

Aplaca, rey augusto,
aplaca ya tus manes ;
y escucha de tus hijos
¡ las tristes voces y sentidos ayes !

(Cada una de las cuatro estrofas siguientes deberá cantarse a una voz sola.)

ESTROFA I

Al pie de tu sepulcro
te imploran como a padre,
con llanto de sus ojos
llorando los regueros de tu sangre.

ESTROFA II

Si blando a la clemencia
te halló siempre el culpable,
millares de inocentes
de un solo crimen el indulto alcancen.

ESTROFA III

Las furias del Averno
se vengan implacables ;
un rey, cuando perdona,
se asemeja a los dioses inmortales.

ESTROFA IV

A ti los tiernos niños,
a ti las tristes madres,
a ti tu pueblo todo
piedad demanda en tan amargo trance.

CORO

¡ Piedad, piedad, o Layo !...

(Al llegar a este punto óyese un ruido sordo de pisadas y los tebanos sorprendidos suspenden el canto: ábrense con estruendo las puertas del panteón y sale Edipo despa-
vorido.

ESCENA III

EDIPO, HYPARCO, coro y pueblo.

PUEBLO ¡ Qué confuso rumor !...
HYPAR. ¡ Callad, tebanos...

- EDIPO Retiraos...
- HYPAR. Gran rey...
- EDIPO Déjame... aparta...
- PUEBLO ¿Qué será, santos dioses?
- EDIPO (Al pueblo.) ¿No escuchasteis?...
- ¡Tú también contra mí!... (A Hyparco.)
- HYPAR. ¿Por qué así agravias,
querido Edipo, a tu mejor amigo,
a tu segundo padre?... Calma, calma
tan ciega turbación...
- EDIPO Dejádme todos...
Mi propia angustia y mi dolor me bastan.
(Desde este punto empíezase a dispersar el pueblo, hasta
dejar solo en la escena a Edipo y a Hyparco.)
- HYPAR. ¿Ves, Edipo?... Tu pueblo, que en sus males
con tu sola presencia respiraba,
y cual a tierno padre, a ti acudía
lleno de amor a compartir sus ansias ;
ese pueblo leal que por ti diera
la sangre de sus venas más preciada,
y a costa de su paz y de su dicha
la quietud de su príncipe comprara ;
triste, afligido, entre mortales dudas,
sin concebir de tu rigor la causa,
se aleja con dolor, y apenas osa
volver el rostro a su infeliz monarca...
¿No me escuchas, Edipo? ¿Y desde cuándo
desoyes con desprecio mis palabras,
que en tiempo más dichoso, cual de un padre
en tus oídos siempre resonaban?
Escúchame, hijo mío : y si los Dioses
por culpa nuestra su rigor agravan ;
si nuevos infortunios y desdichas
a Tebas y a sus hijos amenazan ;
descarga en mi amistad, en mi cariño,
el grave peso que tu pecho embarga ;
y ya que remediarlas no podemos,
unidos lloraremos tus desgracias.
- EDIPO (Como volviendo en sí.)
¡ Hyparco !...
- HYPAR. Sí ; yo soy : ¿ no me conoces ?
Tu viejo Hyparco soy ; quien en tu infancia

tus vacilantes pasos conducía,
quien desde niño te imprimió en el alma
amor a la virtud, horror al vicio,
y respeto a los Dioses... Ven, descansa
tu frente en estos hombros, que otras veces
con cariñosos brazos estrechabas...

EDIPO ; Padre mío!... (Abrazándole.)

HYPAR. ¿Lo ves?... Así se alivian
las penas de este mundo ; quien no halla
consuelo entre los brazos de un amigo,
es un malvado ya... Pero ¿qué extraña
mudanza noto en ti?... Pálido el rostro,
con copioso sudor, tu mano helada,
trémulo todo... Edipo, di, ¿qué tienes?
Descúbreme tu pecho, y no me hagas
padecer mas tormento con mil dudas...

EDIPO Si amáis a vuestro Edipo, conservadlas ;
y no queráis que su silencio rompa,
y a tocar vuelva la reciente llaga.

HYPAR. Al contrario, mostrándome tus penas,
más leyes te se harán : cuando agitada
en sí misma repliégame la mente,
suele fingir mayor nuestra desgracia...

EDIPO No es la desgracia, no, la que me oprime ;
mil veces su rigor desafiara,
en cambio de la horrenda incertidumbre
en que hundido mi espíritu batalla.

HYPAR. ¿Qué incertidumbre? Explícate...

EDIPO Yo propio
mal pudiera aun queriéndolo...

HYPAR. Mas habla,
sepa al menos de ti...

EDIPO ¿Quieres saberlo?

HYPAR. Sí.

EDIPO Pues escucha, y tiembla.—Ya pisaba
del panteón el último recinto ;
y el silencio, el horror, la luz escasa
de las antorchas fúnebres, el viento
que las inmensas bóvedas zumbaba,
de terror religioso me cubrían,
cual si del triste mundo me alejara...
¿Lo creerás?... Al pasar entre las calles

de apiñados sepulcros, las estatuas de mármol animarse parecían ; y que a mi vista súbito indignadas, ¡fuera, profano, fuera! repitiendo, confuso el eco ¡fuera! retumbaba...

HYPAR. ¿Es posible que Edipo el esforzado, famoso por tan ínclitas hazañas, esclavo de su ardiente fantasía se deje intimidar por sombras vanas?... Fué tu imaginación...

EDIPO ¡No, Hyparco amigo ! Yo también lo creí ; doblé mi audacia ; y con inciertos pasos presurosos llegué hasta a el fondo de la oscura estancia. ¡Nunca llegara, nunca !... Oculta mano del término anhelado me alejaba, mas yo luchando y reluchando ciego, del buen Layo toqué la tumba helada... ¡Infeliz ! Con estrépito la losa saltó en pedazos mil ; pálidas llamas salieron del sepulcro, y al reflejo, vi la sombra de Layo alzarse airada, extenderse, crecer, tocar las nubes, y en el profundo abismo hundir la planta...

HYPAR. Tranquilízate, Edipo... ¿Qué delirio, qué turbación es esa?...

EDIPO Envuelto estaba en la púrpura real ; mas de su pecho mostraba abierta la profunda llaga ; y brotando la sangre, parecía que hasta mi misma frente salpicaba... Atónito, turbado, confundido, por tierra me postré : la voz me falta para invocar a la tremenda sombra ; mas oso alzar la vista, y de Yocasta miro a mi lado la confusa imagen ; dudo, torno a mirar, voy a abrazarla ; y entre los dos lanzándose el espectro, con sus sangrientas manos nos aparta.

HYPAR. ¡Miseró Edipo !...

EDIPO Un lúgubre gemido arrojó por tres veces, y otras tantas

me miró con ternura ; hasta que al cabo pronunció con dolor estas palabras :
Huye, infeliz, del tálamo y del trono que mancha el crimen... Dijo : y con la planta hirió la hueca tumba, y en su seno quedó la inmensa sombra sepultada.

HYPAR. ¿Y así imaginas que si vaga inquieta la sombra del buen Layo sin venganza, elija como víctima a quien sigue sus justas leyes como norma y pauta?... No, Edipo, no : si el cielo en su justicia los decretos del Tártaro quebranta, y vuelven a asombrar al triste mundo los que condujo ya la fatal barca, la santa paz de la virtud respetan ; solo al crimen persiguen y amenazan.

EDIPO Lo sé ; pero también en sus arcanos suele elegir el cielo sendas varias para anunciar su voz a los mortales : cual sucesor de Layo, cual monarca de Tebas, como padre de cien pueblos, y quizá cual esposo de Yocasta.

HYPAR. ¿Qué te suspende? Sigue...

EDIPO (Con precipitación.) ¿Pues qué he dicho? Hyparco, no lo creas... Fué una vana aprensión, una duda, una sospecha, que me causa rubor el recordarla...

HYPAR. ¿Mas quién dice, señor?...

EDIPO Perdona, amigo : ¡ten compasión de mí!... Mira, repara el estado infeliz en que me veo, que hasta mi sombra con horror me espanta.

HYPAR. ¿Y por qué más tranquilo?...

EDIPO ¡Más tranquilo !
Vuelve, vuelve la grata confianza a mi turbado corazón ; y al punto veré con rostro firme las desgracias... Hoy mismo, no ha un instante, en cada hombre un amigo, un hermano contemplaba, [bre y cual asilo de quietud y dicha el blando seno de mi esposa amada ; y ahora doquiera mi agitada mente

un abismo encubierto me señala,
y al revolver atónito los ojos,
lazos, traiciones y delitos hallan.

HYPAR. ¿Todos, Edipo, todos criminales?...

EDIPO Todos no lo serán, pero me basta
que a mi lado se abrigue el parricida
que los airados cielos amenazan.

HYPAR. ¡A tu lado, señor!

EDIPO Aun con espanto
resuenan en mi oído estas palabras :
*Huye, infeliz, del tálamo y del trono
que mancha el crimen...*

HYPAR. ¿Pero quién osara
siquiera sospechar?...

EDIPO Oyeme, o padre ;
y en el arcano, de tu pecho aguarda
este fatal secreto, que a ti solo
en su aflicción Edipo confiara.
Há tiempo que con pena y sobresalto
la inquietud he notado de Yocasta,
sin que bastasen a aplicar su angustia
los graves infortunios de la patria.
Mil veces observé que en mi presencia
de su pesar las muestras ocultaba ;
y que al bañarse en lágrimas sus ojos.
Suspensos con violencia se quedaban.
En vano procuré, severo, afable,
de su oculta aflicción saber la causa,
solo vi que un recuerdo doloroso
carcomía continuo sus entrañas...
En la tranquila noche, entre mis brazos,
de pavorosos sueños agitada,
consigo misma forcejaba inquieta,
cual si una triste imagen la acosara :
y aun tal vez la escuché que entre sus labios
inocente... inocente... murmuraba.
¿Qué más? hasta recuerdo que otras veces
la he sorprendido trémula, abrazada
con una de mis hijas, que ella dice
que la imagen de Layo le retrata,
y en su dolor profundo sumergida,
apenas de existir señales daba.

HYPAR. ¿Mas qué interés, señor o qué designio?
EDIPO Lo ignoro ; y hasta ahora que en mi labran
tan fatales sospechas, nunca, nunca
esa duda cruel pesó en mi alma.

HYPAR. Desechadla, señor...

EDIPO Mas qué imaginas,
del corazón procuro yo arrancarla ;
Pero cual flecha aguda y ponzoñosa,
mientras más toco a ella, más se clava.

HYPAR. Tal vez viendo a tu esposa, su presencia,
una voz, un acento, una mirada
bastará a disipar todas las dudas,
y a hacer tornar la apetecida calma.

EDIPO Dices bien : ni una hora, ni un instante
puedo sufrir tan congojosas ansias ;
la triste realidad, la muerte misma
no serán para Edipo tan amargas.
Sígueme... mas la reina : quizá el cielo
a este sitio encamina sus pisadas.

(Quédase Edipo grave y silencioso : Hyparco se retira res-
petuosamente al acercarse Yocasta : ésta se coloca a la iz-
quierda de Edipo.)

ESCENA IV

EDIPO y YOCASTA

YOCAS. Inquieta ya buscándote doquiera...

EDIPO Yo también... yo también ahora os buscaba...

YOCAS. Advierto...

EDIPO ¿Qué advertis?

YOCAS. ¿Qué acento es ese?...

El rostro demudado, las palabras
en tus trémulos labios suspendidas...

¿Qué tienes, caro Edipo?... ¡ Así me apartas,
¡ así tu rostro de tu esposa ocultas,
cual si temieras que te viese el alma !...

Edipo, vuelve en ti, vuelve, y no aflijas
a esta infeliz mujer, que acostumbra
a tanto padecer, solo en el mundo
tu injusto enojo a tolerar no alcanza.

¿Qué pretendes de mí?... Si pude acaso Cometer una falta involuntaria ; si en algo te ofendí, sin yo saberlo, no te violentes, no ; dímelo, habla : te pediré perdón, y si lo exiges, mira, estoy pronta, me echaré a tus plantas, ¡ Y qué Edipo, siquiera te merezco una voz de consuelo, una palabra que calme mi aflicción !... Habla siquiera de tu injusto desdén sepa la causa...

EDIPO Mirad, Yocasta, ved que si a hablar llego, mayor dolor, más penas os aguardan...

YOCAS. (Respondiendo con dignidad.)
No lo temáis, señor : soy inocente.
Y os escucho tranquila.

EDIPO No culpada también os juzgo yo, la sola duda mil vidas que tuviera me costara...

YOCAS. ¿Más por qué no seguís?

EDIPO Sé que los cielos señalan una víctima, manchada con inocente sangre ; yo la busco...

YOCAS. ¿Y en tu esposa pretendes encontrarla?

EDIPO No, Yocasta : los dioses soberanos, que hasta el fondo penetran de mi alma, ven mi dolor y la tremenda lucha que mi afligido pecho despedaza... de mi propio, Yocasta, desconfío : ¡ mira si algún tormento a este se iguala !

YOCAS. ¿Mas cuál es el delito, cuál el crimen?

EDIPO Deja que nunca de mis labios salga...

YOCAS. Yo lo exijo de ti : ¿cuál es? responde.
(Edipo señala lentamente con el brazo hacia el panteón.)
¡ Edipo !

EDIPO No ; perdona...

YOCAS. ¡ Edipo !... Basta.

(Después de un breve silencio, continúa con el acento de dolor y de la indignación.)

¡ Quién me dijera a mí, cuando su muerte con lágrimas de sangre lamentaba, y una y mil veces por salvar su vida, mi vida con placer sacrificara...

Quién me dijera a mí, cuando violenta
llegué en hora fatal al pié del ara,
y por la paz de Tebas di a otro hombre
la fe que a Layo conservaba intacta...
quien me dijera que en aciago día,
a vista de su tumba veneranda,
un esposo... y el padre de mis hijos
con tan negra sospecha me insultara !
Yocasta...

EDIPO
YOCAS.

No ; retírate : los cielos
que mi inocencia ven, sabrán vengarla.

EDIPO. Escúchame siquiera... ¡ y más que a ira,
te moveré a piedad !

YOCAS. Sé que en tu alma
tan infame sospecha no ha nacido...
No, Edipo ; te conozco : mas aclàra
ese horrible misterio ; y aquí mismo
confundiré tan execrable trama.
¿Quién osó calumniarme?

EDIPO. (Con asombro y recelo.) Ten el labio ;
teme, infeliz...

YOCAS. ¡ Temer ! ¿ Y por qué causa?...
A la faz de los dioses y los hombres
el que inocente está, la voz levanta :

(Esforzando el acento.)

¿quién osó calumniarle? ¿quién, Edipo?...
¡ Y así confuso y vergonzoso callas !

¡ Y así confuso y vergonzoso callas !

Pues bien : si ni una reina, ni una esposa,
ni la que tuvo un tiempo en sus entrañas

las prendas de tu amor, de ti merece

lo que a un vil delincuente no negaras ;

si después de pasarme el triste pecho,

la mano aleve que me hiere amparas ;

no importa, Edipo ; ven : tengo un testigo,

un juez, un vengador, que por mi causa

vuelva, por mi inocencia, por mi nombre,

(Yocasta ase del brazo a Edipo, en ademán de conducirlo

al Panteón.)

¡ sígueme, pronto, ven... ! ¿ Tiemblas, Edi-

Yo te guío, y no tiemblo... (Silencio.) [po?...]

EDIPO

No así añadas

dolor a mi dolor... ¡ Bastantes penas

- el cielo airado sobre mí descarga !
- YOCAS. ¿Y por qué de una esposa no las fías?
- EDIPO Porque lo quiere así mi suerte infausta.
- YOCAS. ¿Conque nunca?
- EDIPO No sé.
- YOCAS. ¡ Nunca !
- EDIPO Mas oye :
si mi infeliz estado te apiada ;
si aun abriga tu pecho un leve resto
del tierno amor que un tiempo me jurabas ;
si ya que no por mí, por nuestros hijos... .
- YOCAS. Qué quieres? pronto, dímelo...
- EDIPO Una gracia,
una sola merced...
- YOCAS. (Arrojándose en sus brazos.) Hasta mi vida
es tuya, Edipo mío...
- EDIPO Ya cercana
está quizá la hora que los dioses
señalar se han dignado a la venganza,
si hoy mismo, cual su oráculo predijo,
han de cesar los males de la patria :
¡ déjame mi secreto un solo día !
no exijo más de ti.
- YOCAS. Pero mañana...
- EDIPO Yo te lo juro.
- YOCAS. ¿Y si estas breves horas
dudas de mí?...
- EDIPO No, esposa : ya la calma
empieza a renacer ; y en favor tuyo,
más que tu voz, mi corazón me habla.

ESCENA V

EDIPO, YOCASTA e HYPARCO

- HYPAR. ¡ Albricias !... (Al salir.)
- EDIPO ¿Qué suceso?
- HYPAR. Aun vive Forbas.
- EDIPO ¿Quién?

HYPAR. Forbas, compañero en la desgracia
de Layo, y fiel testigo de su muerte...

EDIPO ¿Qué dices?

YOCAS. ¡Vive aún!

HYPAR. Vive; fué falsa

la nueva de su muerte, tantos años
con su largo silencio confirmada...
Lleno de heridas, de terror cubierto,
lejos huyó de la afligida patria,
jurando no ver más la infausta tierra
con sangre de su príncipe manchada...
Mas el tiempo, la ausencia, las desdichas
quebrantaron el temple de su alma;
y en su vejez, cercano ya a la muerte,
ver anheló la tierra de su infancia.

EDIPO ¿Dónde está?

YOCAS. ¿Quién le ha visto?

HYPAR. Largos días

en el cercano bosque de Diana
vivió oculto y tranquilo; y allí mismo
su triste sepultura preparaba...
mas cual si un Dios sus pasos impeliese,
hoy se acercó a los muros; y miraba
las puertas afligido, cuando escucha
las nuevas por el pueblo divulgadas:
sabe que ha hablado el Dios; que la atroz
[muerte
de su amigo y su rey va a ser vengada;
y entre llanto y sollozos, de sus labios
su propio nombré con placer se escapa...

YOCAS. Día feliz!

HYPAR. Al conocerle el pueblo,
le rodea, le estrecha, inquiera, indaga
mil circunstancias, mil, y del buen Layo
el grato nombre y la memoria aclama.

YOCAS. ¿Ves, caro Edipo, ves?... El justo cielo
vuelve por la inocencia.

EDIPO Esposa amada,
el súbito placer mi pecho oprime, (A Hyarco.)
cual si fuese un pesar... ¿Pero qué aguardas?

Corre al instante, amigo : venga Forbas,
y de una vez disipe dudas tantas.

HYPAR. En vano el pueblo entre sus mismos brazos
conducirle intentó : ruegos, instancias,
todo fué en vano ; ante las mismas puertas
la hora fatal de la venganza aguarda ;
juró nunca pisar...

EDIPO Dile que Edipo
se lo suplica... y que su rey lo manda.

ESCENA VI

EDIPO y YOCASTA

EDIPO Sígueme, esposa : al punto en este instante,
a nuestro nombre Tebas convocada,
venga a asistir al formidable juicio.
que los eternos Númenes preparan :
bajo la inmensa bóveda del cielo,
junto al sepulcro mismo del monarca,
de boca del anciano venerable
escuche la verdad ; y asegurada
la tímida inocencia, a un solo acento
el audaz crimen confundido caiga.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

EDIPO, YOCASTA, SUMO SACERDOTE, pueblo, guardia y esclavas.

Edipo estará en medio, el Sumo Sacerdote a su derecha, y Yocasta a su izquierda, con un grupo de esclavas detrás: a alguna distancia, el pueblo repartido por el ámbito de la plaza; y en el pórtico del palacio se divisará una guardia.

EDIPO ; Y qué, porque obstinado en su porfía las súplicas de un pueblo desatienda, y a la voz requerido de un monarca su mandato supremo no obedezca, habremos de sufrir que por más tiempo dure el dolor y la quietud de Tebas, y que una hora, un momento, el parricida oculto y sin castigo permanezca!
No: la virtud, la religión, las leyes, la voz de las deidades se lo ordenan; y se lo manda un rey que aunque clemente, insultos a su cetro no tolera.

SACER. No el cetro de un monarca poderoso el anciano infeliz hollar intenta; y antes creyó que su dolor y angustia elogios, no amenazas, merecieran: sus canas, su honradez, la pura sangre que derramó de Layo en la defensa, su destierro, sus males, sus desdichas, hasta este mismo horror con que se niega este suelo a pisar contaminado, mientras no dicte el cielo la sentencia, si del hombre la cólera atraen, el favor de los dioses le granjean.

EDIPO Obedecer los Númenes le mandan.

- SACER. Acudir a tu voz ellos le vedan.
EDIPO Yo lo veré.—Volad ; de fuerza o grado
conducidle al instante a mi presencia.
(Parten algunos de la guardia.)
- YOCAS. Edipo...
EDIPO (A Yocasta.) Nada escucho. (Al sacerdote.) ¡ Ay del
[que ciego
la ira de Edipo a provocar se atreva !
- SACER. Débil mortal, ¿ y a quién tus amenazas
osaste dirigir ? ¿ Acaso piensas
que el que amparan los dioses necesita
contra el brazo del hombre otra defensa ?
¡ Infelice ! los dardos de tu ira
Contra tu pecho, sin querer, asestas ;
y de tu suerte mísera arrastrado,
tú propio en un abismo te despeñas.
- EDIPO En vano, en vano a intimidarme aspiras ;
venero de los Dioses la tremenda
autoridad ; a su poder me humillo,
y depongo ante el ara la diadema ;
mas si un mortal su intérprete se nombra,
yo ejerzo su poder sobre la tierra.
- SACER. ¡ Tú su poder !... Desde el Olimpo ellos
hasta el profundo Tártaro sondéan ;
y tú, mísero rey, un solo crimen
en vano ansioso descubrir anhelas.
Ahora mismo, impaciente, confiado
en tu vano poder, saber esperas
de los labios de Forbas el secreto
que cual losa fatal sobre ti pesa :
Pues bien : no lo sabrás.
- EDIPO ¿ No he de saberlo ?
- SACER. (Con énfasis.)
¡ Antes, Edipo, antes que quisieras !
- EDIPO ¡ Sacerdote !...
- SACER. Los Númenes sagrados
han decretado en su justicia eterna
que una mano por ellos bendecida
el velo rompa a la maldad proterva...
- EDIPO ¿ Y a qué aguardas ?
- SACER. Aguardo a que en los cielos
toque el sol la mitad de su carrera ;

mas ya se acerca, ya... Míralo : ¡ Edipo !
ya casi encima está de tu cabeza.

YOCAS. ¡ Qué terror por mis venas se difunde !
Edipo...

EDIPO ¿ Qué, Yocasta, qué recelas? ...
Un justo rey, el crimen castigando,
la imagen de los Dioses representa.

SACER. Cuando el cielo en su cólera amenaza,
Todos deben temblar...

EDIPO No la inocencia.

SACER. ¿ Y quién, ciego mortal, pudo infundirte
tan vana presunción. ¿ Quién en la tierra
de inocente blasona? ¿ Quién te ha dicho
que en este propio día, a la hora esta,
manchado con los crímenes más graves,
del eterno furor blanco no seas? ...

EDIPO No así procures con siniestras voces
al pueblo deslumbrar, para que crea
que solo a ti los Dioses confiaron
el secreto fatal que al mundo celan.
¿ Quién es el regicida? ¿ Quién?

SACER. Tú, Edipo.

PUEBLO ¡ Edipo !

SACER. Tú.

YOCAS. ¡ Mi esposo !

EDIPO La sorpresa,
la indignación mi propia voz ahogan...
¡ Yo el regicida !

SACER. Tú.

EDIPO Detén la lengua,
vil impostor, o con la infame vida
yo te la arrancaré.

SACER. No me amedrenta
tu impotente furor : ¿ quieres mi sangre?
Viértela : y al llegar mi hora postrera,
en medio de los bárbaros tormentos
te anunciaré hasta el fin tu suerte horrenda.

EDIPO ¿ Qué suerte? Acaba, di...

SACER. ¡ Pídele al cielo
que ese crimen atroz el mayor sea !

EDIPO (Volviéndose al pueblo.)

¿ Oís, tebanos, oís? ... Vuestro monarca,

por sabio y justiciero en toda Grecia?...
Conducidme a su vista ; admire, goce
el triunfo que sus armas le granjean...
Ya estoy, Edipo, aquí : tras largos años
al ver mi patria por la vez primera...
Mi patria, a la que solo demandaba
un pobre asilo y sosegada huesa ...
Al pisár este suelo, en que he nacido,
al ver mi propio hogar, y ante las puertas
de ese mismo palacio, en que algún día
junto al buen Layo me miraba Tebas...
En vez de amparo y compasión, encuentro
amenazas, insultos y violencias ;
y cual vil criminal aquí arrastrado,
ni estas honradas canas se respetan.

EDIPO

No, venerable anciano, no tan pronto
a Edipo agravies con injustas quejas,
cuando en vez de amenazas y de insultos,
mercedes te apercibe y recompensas.
Un vasallo leal, el fiel amigo
del justo Layo, quien vertió en defensa
de su señor su sangre, ante mis ojos
con títulos sagrados se presenta ;
y hoy mis pueblos verán si sabe Edipo
cual monarca pagar tan justa deuda.
Mas tu misma lealtad, el tierno afecto
que a la memoria de tu rey conservas,
la firmeza del trono y de las leyes,
tu infeliz patria, a perecer expuesta,
te imponen un deber de que yo propio
mal pudiera eximirte, aunque quisiera.
La muerte de tu rey aun está impune :
y el cielo mismo por ocultas sendas
al formidable juicio te ha traído,
cual instrumento a su justicia eterna ;
yo solo con mi voz y poderío
cumplí su voluntad.—Habla, revela
las circunstancias del horrendo crimen,
que tanta sangre y lágrimas nos cuesta ;
¡ De tu labio tal vez está pendiente
en este instante la salud de Tebas !

FORBAS

¿ De mi labio, señor?... Luz muy escasa

mis tristes voces ministrar pudieran ;
y sin provecho alguno renovaran
del fatal caso la memoria acerba...
Harto presente y viva, un año y otro,
me acompaña y persigue por doquiera,
sin que tan solo un día, ni una hora
la muerte de mi rey olvidar pueda...

EDIPO Cálmate, buen anciano : tus amigos,
tu familia, tus hijos te rodean ;
y cual nuncio de paz y de esperanza,
con lágrimas de gozo te contemplan ;
por su rey y su padre te preguntan
ansiosos e impacientes ; de ti esperan
que ayudes a vengar su fin sangriento,
para alcanzar del cielo la clemencia ;
y cada instante que el hablar retardas
a destrucción y muerte los condenas.

FORBAS Mucho, señor, me cuesta el sacrificio ;
mas pues tan justas causas me lo ordenan,
mostraré la verdad breve y sencilla
a la faz de los cielos y la tierra,
cual si al bajar al tribunal tremendo,
la sombra del buen Layo allí me oyera.—

(Movimiento de suma atención en el pueblo.)

Solo, sin pompa inútil, confiado
del cielo en el favor y en su conciencia,
cual un padre camina entre sus hijos,
el bondadoso rey salió de Tebas :
solo conmigo iba... y aun me acuerdo,
páreceme escucharle : su afán era
preguntarme, saber los desgraciados
de que aliviar pudiese las miserias...
No era un rey, era un padre ; nunca, nunca
otro monarca igual verá la Grecia...

(Suspéndese un instante enternecido ; y luego prosigue.)

Dos días caminamos ; y al siguiente,
al despuntar la aurora...

EDIPO (Con sobresalto.) ¿Qué hora era?

FORBAS ¿No oiste, señor?... la de la aurora ;
nada se me ha olvidado : el sol apenas
doraba una colina...

EDIPO ¡ Una colina !

FORBAS Y la cima del templo de Minerva.

EDIPO (Con impaciencia.)

Sigue, anciano, prosigue...

FORBAS

Allí el monarca

su curso encaminaba, con la idea
de consultar al Númen sobre el medio
de vencer a la esfinge; y ya la senda,
en tres brazos a un tiempo dividida,
comenzaba a estrecharse, cuando suena
el confuso rumor de veloz carro,
que apercibimos por la parte opuesta;
y apenas le divisan nuestros ojos,
en polvo envuelto se aproxima y llega.
Un mancebo imprudente le guiaba...

EDIPO

(Con mayor inquietud.)

¿Un mancebo?...

FORBAS

Sí, Edipo; mozo era;

le tengo muy presente: aun estoy viendo
su rostro, su ademán, su audaz presencia...

EDIPO

No te detengas, sigue...

FORBAS

En pie venía

sobre el carro veloz, con ambas riendas
el cuello a los caballos azotando,
y a gritos animando su presteza,
cuál si en el circo olímpico anhelara
el premio conseguir de la carrera...

EDIPO

Sigue...

FORBAS

El buen Layo en vano le demanda
que un instante siquiera se detenga
para dejarle paso; el ciego joven
de la menor tardanza se impacienta,
insta, se obstina, crúzanse los carros,
y en el terrible encuentro el suyo vuelca.

YOCAS.

¡Edipo!...

EDIPO

(Con la mayor turbación.)

Sigue... sigue...

FORBAS

Apenas cae,

álzase el mozo audaz, mira por tierra
su fuerte lanza, cógela, y furioso
acércase, blandiéndola en su diestra;
y al reprenderle Layo su osadía,
arrójale la lanza por respuesta.

Todo fué un punto traspasado el pecho,
cayó exánime el rey ; yo con presteza
salto del carro, y vuelo al homicida...

(En el calor de esta relación, se habrán ido aproximado insensiblemente; y al llegar a este punto, se hallará Forbas mucho más cerca de Edipo, que ya le escucha inmóvil y como fuera de sí: alza Forbas los ojos, los clava en el rostro del rey, y exclama apartándose con asombro :)

¡ Santos cielos !

PUEBLO

¡ El es !

YOCAS.

(Cayendo desvanecida en brazos de las esclavas.)

¡ Ay de mí !...

SACER.

Eterna

justicia de los dioses, a tu vista
¿ qué son las potestades de la tierra?...

(Silencio general.)

Tebanòs, la señal los dioses dieron :
y un sopro suyo disipó la niebla,
que al ímpetu y conato de los hombres
un siglo y otro impenetrable fuera.

Preso en sus propias redes el culpable,
con su silencio el mismo se condena ;
y desde el alto trono despeñado,
de los cielos aguarda la sentencia.

Ella se cumplirá.—Mas entre tanto
ni el agua ni la luz, ni el aire sea
común entre vosotros y el impío ;
cual contagio letal, huid su presencia ;
y los pueblos, los templos, los hogares,
la tumba misma ciérrenle sus puertas.
Así el destino lo escribió en los cielos ;
así los dioses por mi voz lo ordenan ;
y el mismo parricida, el propio Edipo
confirmó con su labio su anatema.

(Retírase el Sumo Sacerdote, dirigiéndose al templo, y seguido de una parte del pueblo; los demás del concurso se separan y se van por diversos lados; en el ínterin las esclavas habrán conducido al palacio a Yocasta; quedando solos en el teatro Edipo e Hyarco.)

ESCENA III

EDIPO e HYPARCO. Edipo vuelve lentamente de su estupor, mira con asombro en derredor de sí, y fijando la vista en el paraje donde estaba la reina, exclama con el acento del dolor:

EDIPO ¡ También Yocasta !...

HYPAR. No, mísero Edipo ;
a impulso del dolor y la sorpresa
cayó desvanecida : mas tu esposa...

EDIPO ¡ Quién, la esposa de Layo !

HYPAR. No lo temas :
jamás Yocasta aborrecerte puede ;
y antes más bien compartirá tus penas.

EDIPO Nadie... nadie... ¿ Y mis hijas ? ¿ Y mis hijas ?
¿ Me las roban también ?... Dejad siquiera,
dejad que las estreche entre mis brazos
¡ una vez, solo una !... es la postrera.

HYPAR. ¿ Qué dices, caro Edipo ?

EDIPO Pronto, Hyparco,
¿ en dónde están mis hijas ?

HYPAR. Tente, espera...

EDIPO ¿ Dónde ?

HYPAR. Escucha, sosiégate...

EDIPO Crueles.

Soy su padre, su padre... ¡ y ya en la tierra
no me queda otro bien !

HYPAR. Cálmate, Edipo...

EDIPO ¡ Hijas mías !... Ninguna me contesta...

¿ Quién os detiene, quién ? ¡ Hasta el consuelo
de abrazar a mis hijas se me veda !

(Dirigese Edipo al palacio; y al pasar por enfrente del panteón, vuelve acaso la vista hacia él, suspéndese con asombro, y después de cavilar unos instantes, dice con el mayor abatimiento.)

« *Huye, infeliz, del tálamo y del trono...* »

Ya lo sé, justo rey... en paz te queda.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

EDIPO y dos niñas, hijas suyas. Edipo aparecerá vestido noblemente, pero con sencillez y sin diadema: estará apoyado contra una de las columnas del pórtico del palacio, mientras sus hijas colocan guirnaldas y flores en una ara, que se hallará situada en el mismo pórtico.

EDIPO Así, hijas mías: coronad de flores
 el ara antigua de los Lares patrios,
 como postrer ofrenda y sacrificio
 del triste Edipo, pronto a abandonarlos...
 Mediando vuestra cándida inocencia,
 el voto a las Deidades será grato;
 que vuestro infeliz padre el ara santa
 no osa tocar con sus sangrientas manos.
 ¡Cuán tremenda, gran Jove, es tu justicia,
 cuán tremenda!... Yo humilde y resignado
 la adoro, y me someto a sus secretos,
 sin que salga una queja de mis labios;
 mas dignate volver, Dios de clemencia,
 los ojos a este padre desdichado;
 y acogiendo piadoso su plegaria,
 ¡dale ése alivio en tan mortal quebranto!...
 No te pido por mí... para estas hijas
 del alma mía tu favor demando;
 para estas hijas, tiernas, inocentes,
 dignas, buen Dios, de tu divino amparo...
 Protege su orfandad; por el sendero
 de la santa virtud guía sus pasos;
 ¡y aparta de sus sienas las desdichas
 que afligen a su padre desgraciado! ...

Mas, ¿qué es eso? ¿lloráis?... Ismenia ama-
Antígona, mi vida... aquí a mis brazos [da,
venid; no os aflijáis... ved que hasta el alma
me penetra, hijas mías, vuestro llanto...

(Siéntase al pie de una columna, abrazado con sus hijas,
y queda suspenso algunos instantes.)

Mirad que vuestra madre debe en breve
volver; y si os encuentra en este estado,
vais a fligirla más... ¡No, prendas mías,
no aumentéis su dolor y su quebranto;
¡que harto infeliz es ya!... Sed su consuelo,
aliviadla en sus penas; esforzaos
a hacerle llevaderas las desgracias
¡que vuestro infausto padre le ha causado!...
Si me amáis, hijas mías, yo no exijo
más pruebas de vosotras, ni os encargo
nada más... ¿Lo ofrecéis?... Lleve a lo me-
esa dulce esperanza al separarnos; [nos
¡y el cielo en su bondad me dará fuerzas
para sufrir mi triste desamparo!...

Sí, hijas mías, mirad a vuestra madre
cual un Dios tutelar: a sus mandatos
mostraos siempre dóciles, sumisas;
pagad tantos desvelos y cuidados
con ternura y amor... Y si algún día
la veis más afligida: si al miraros,
la memoria infeliz de vuestro padre
la cubre de amargura... en vuestros brazos
estrechadla y decidle: «El os amaba
más que a su corazón; fué desgraciado
aun más que criminal... compadecedle;
que al fin nuestro padre...» ¡El cielo santo,
si así lo hacéis, os premie y os bendiga,
y os colme de ventura largos años!...

ESCENA II

EDIPO, YOCASTA y sus hijas

YOCAS. (Al salir.)
Edipo...

EDIPO Id, hijas mías ; que no os vea
vuestra madre llorar...

(Edipo se separa de sus hijas, que vuelven a dirigirse al
ara, y él se acerca a Yocasta.)

¿Hablaste al pueblo?

YOCAS. Apenas fué preciso : su zozobra
y dudosa inquietud duró un momento ;
y al saber tu intención, la piedad sola
halló cábida en su agitado pecho :
tú mismo con placer y con ternura
hubieras escuchado sus acentos,
que con ayes y lágrimas mezclados,
nunca fueron tan vivos y sinceros.
En medio de tu pena y amargura
debes llevar, Edipo, ese consuelo :
no la pérdida sienten de un rey justo :
Lloran a un padre cariñoso y bueno :
y mirando cual propia tu desgracia,
en tu favor imploran a los cielos...
¿Te enterneces, Edipo?... Si los vieras
pregunñarme por ti, cercarme inquietos,
ofrecerte sus bienes y sus vidas,
pedirte que confíes a su afecto
a tu esposa y sus hijas... ¿A qué ocultas
el rostro, Edipo mío? Deja al menos
correr tus tristes lágrimas ; que ellas
tu angustia aliviarán.

EDIPO Yo esperé un tiempo,
en brazos de mi esposa y de mis hijas,
vivir feliz en medio de mi pueblo...
Yo no tuve otro afán ni otra delicia
sino buscar su bien ; ni ansié más premio
que verlos en mi hora postrimera
cerrar mis ojos con piedad y afecto...
Y hoy ¡ infeliz ! mi dicha, mi esperanza,
la paz del alma para siempre pierdo,
¡ y lejos de mi patria y de los míos,
solo en el mundo con horror me veo !...

YOCAS. Cálmate, Edipo, cálmate...

EDIPO No, deja ;
déjame desahogar mi sentimiento ;

que el corazón y el alma se me parten,
¡y no puedo ya más!

YOCAS.

Pero tú mismo
te haces más infeliz : triste es tu suerte,
tristísima, no hay duda ; y yo mal puedo
ofrecerte consuelos, que yo propia
quisiera para mí... Mas aunque adverso
el destino cruel hoy te condene
a tantos sacrificios, no por eso
te roba todo alivio y esperanza,
ni te reduce a tan fatal extremo.
Aun tienes una patria, a la que un día
podrás hacer feliz bajo tu imperio ;
vas a habitar la tierra en que naciste ;
vas a ver con ternura el propio techo ;
en que pasaste los serenos días
de tu infancia feliz ; donde ahora mismo
viven tus padres, tus ancianos padres,
que no tienen más ansia, más anhelo
que verte, y bendecirte, y en tus brazos
lanzar tranquilos el postrer aliento.

¡ Mis padres !...

EDIPO

YOCAS.

Sí, tus padres ; aun te viven,
aun te les guarda por tu bien el cielo...
¡ Y hablas de soledad y desamparo !
No, Edipo mío : un hijo humilde y tierno,
un hijo como tú, si tiene padres,
no está solo en el mundo... Vuelve presto
a consolarlos de tan larga ausencia ;
vuelve a sus brazos, vuelve ; v en su seno
encontrarás la paz que ahora imaginas
perdida para siempre.

EDIPO

Yo no tengo
siquiera esa esperanza...

YOCAS.

¿ No la tienes ?

EDIPO

¡ Nunca mis ojos volverán a verlos !

YOCAS.

¡ A tus padres !... Edipo, ¿ no respondes ?...

¿ Qué arcano encierra tu fatal silencio,
que así me hace temblar ?... ¡ Edipo oculta
a su mísera esposa sus secretos !

EDIPO

No, Yocasta...

YOCAS.

Pues habla,

EDIPO ¿A qué pretendes
saber aun más desdichas?

YOCAS. Porque debo
sentirlas y llorarlas a par tuyo...
¿No hicieras tú lo mismo?

EDIPO Yo te ruego
por última merced...

YOCAS. Y yo te pido
por mi amor, por tus hijas, que a lo menos
me saques de esta duda, y no me dejes
entregada a tan bárbaro tormento.

EDIPO Pues lo quieres, Yocasta...

YOCAS. No ; lo pido
por mi amor.

EDIPO Pues escúchame : y al tiempo
de despedirnos por la vez postrera...
En este día mísero y funesto
para mí más que el día de mi muerte,
no llevaré también el desconsuelo
de haber sido capaz, en esta vida,
de ocultarte ni un solo pensamiento...
Si he callado hasta ahora, si yo solo,
ese arcano fatal guardé en mi pecho
sin mostrártelo nunca, no me culpes ;
temí afligirte, y que el presagio horrendo
que ha sido mi martirio tantos años,
emponzoñase de tu vida el resto.
Yo vivía feliz... y tan dichoso,
que en el mundo no había quien contento
así estuviese con su propia suerte,
a los dioses por ella bendiciendo...
Así mis años plácidos corrían,
cuando, en hora fatal, cuyo recuerdo
hondamente clavado en mi memoria
llevaré hasta el sepulcro, otro mancebo,
perdida en un banquete la templanza,
mi enojo provocó, y al reprenderlo,
se atrevió a echarme en rostro que no era
hijo yo de Polibo, ni heredero
de su nombre y su trono... Hasta sin ira
le escuché : ¿lo creerás? Solo desprecio
me inspiró aquel mezquino ; y a sus voces

con burla y risa todos respondieron.
Mas de allí a breves días... (ni yo propio
te lo sabré explicar) me sentí inquieto,
melancólico, triste, caviloso,
privado de ventura y de sosiego,
cual si en el alma misma me punzara
una espina cruel... Luché algún tiempo
conmigo mismo ; reclamé el auxilio
de mi flaca razón, busqué en el seno
del deleite el olvido... Todo en vano :
mientras mayores eran mis esfuerzos
por borrar esa idea de mi mente,
más profundo y tenaz era su sello.
Cansado de sufrir, al cabo un día
narré a mis padres el fatal suceso,
aunque oculté a su amor la triste duda
que era mi torcedor y mi tormento :
ellos del caso extraño sorprendidos
mostráronse al principio ; pero luego,
culpando la embriaguez del ciego joven,
olvidarme mandaron su denuesto.
Mas quiso mi desdicha que de entonces
me pareció notar mayor esmero
en llamarme su hijo, más señales
de piedad y ternura : y ese empeño,
manteniendo la llaga abierta y viva,
doblaba mis sospechas y recelos.
Al fin ansioso de apurar mi origen,
y a tal duda mil males prefiriendo,
me ausenté de Corinto, pretextando
que iba a Atenas a ver al gran Teseo ;
y sin tomar ni tregua ni descanso,
corrí impaciente hasta llegar a Delfos.
¡ Ojalá antes muriera !... Por tres veces
consultando el oráculo tremendo,
enmudeció ; yo ciego y obstinado,
con lágrimas insté, doblé mis ruegos,
maldije en mi delirio la tardanza,
invoqué hasta los dioses del Averno ;
y casi con violencia rasgar quise
del destino fatal el denso velo.
Cedió el Númeron al fin, cual si apiadado

satisfacer quisiese mi deseo ;
mas resolvió, tremendo en su venganza
castigar de un mortal el loco empeño.
En la callada noche, solo estaba,
entregado a mis tristes pensamientos,
cuando vagó un susurro misterioso
por las lóbregas bóvedas del templo,
sonó la voz del Dios, y a mis oídos
llegaron con horror estos acentos :
«¿Quieres saber tu suerte?...» Al escucharlo
la sangre se me heló, sentí el cabello
erizarse de espanto ; y junto al ara
atónito quedé sin movimiento...
«¿Quieres saber tu suerte?... De tu padre
la sangre verterás...»

YOCAS. ; Divinos, cielos !
EDIPO ; Qué ! ¿ te asombras, Yocasta?... No debía
haber cedido tu imprudente ruego ;
¿ lo ves?...

YOCAS. ; Ay !
EDIPO ¿ Mas qué miro ? ¿ qué mudanza,
qué turbación es esa que en ti advierto ?
Habla, responde... ¿ Callas ?

YOCAS. Sigue, Edipo :
¿ No es natural mi pena?...

EDIPO Sí, mas temo
que alguna causa oculta...

YOCAS. No ; prosigue...
No me hagas penar más.

EDIPO (Después de una breve pausa.) A tan siniestro
oráculo, las fuerzas me faltaron,
y ante el ara caí ; pero del centro
de la tierra salir me parecía
la misma voz, continuó repitiendo :
«¿Quieres saber tu suerte?... De tu padre
la sangre verterás, y el casto lecho
mancharás de tu madre...» Apenas pude
escuchar hasta el fin ; falto de aliento,
privado de razón y de sentido,
permanecí postrado largo trecho,
y al despuntar el alba, allí me hallaron,
cual un cadáver insensible y yerto.

La vida al cabo recobré... Azorado,
del templo, del oráculo, y de Delfos
huí con ansia mortal ; recorrí en breve
cien regiones y cien, buscando lejos
el término a mis penas ; mas la imagen
del parricidio y del nefando incesto,
como mi propia sombra me seguía,
al campo, a la ciudad, despierto, en sueños ;
cual si la férrea mano del destino
agobiarme quisiera con su peso.
Hasta que al fin, para calmar mi angustia
y burlar el rigor del hado adverso,
a la casa paterna, y a mis padres
renuncié para siempre ; y corrí ciego
en busca de la muerte, donde quiera
que divisaba el más lejano riesgo...
Entonces fué cuando al mirar las gentes
huir espantadas del nativo suelo,
la fama de la Esfinge y sus estragos
encaminó mis pasos a este reino ;
y apenas a sus límites tocaba...
Tú sabes mi desdicha.

YOCAS. ¿Y sólo el miedo-
de ver cumplirse el vaticinio infando
te aleja hoy día del paterno techo?

EDIPO ¿Y qué causa mayor?... Mil y mil veces
he intentado vencer este secreto
temor, como infundado, como vano,
como indigno de mí... mas te confieso
mi flaqueza, Yocasta : lucho, insisto,
casi ya de triunfar me lisonjeo ;
y al punto mismo, sin saber la causa,
me acomete un fatal presentimiento,
la imagen veo del horrendo crimen,
y huyo confuso, de terror cubierto.

YOCAS. Pues oye, Edipo : y ya que a ruego mío
me has mostrado hasta el fondo de tu pe-
[cho,
no he de ser tan cruel que me rehuse
a un triste sacrificio cuando veo
que tal vez de él dependerá tu suerte
y la paz de tu vida.

EDIPO No comprendo,
Yocasta, tus palabras misteriosas :
¿qué pretendes decirme?

YOCAS. Solo temo
presentarme a tus ojos menos digna
de tu estima y amor, y este recelo,
si alguna vez mis labios abrir quise,
volvió a cerrarlos con perpetuo sello...

EDIPO Sigue, Yocasta, sigue...

YOCAS. Era tu esposa,
y he tenido a tus hijos en mi seno...
Tu propio corazón, cuando me escuches,
la causa te dirá de mi silencio.
Tú, Edipo, me creías virtuosa,
y dichosa tal vez, al mismo tiempo
que mi propia conciencia noche y día
me condenaba como juez severo ;
y tus mismos elogios y caricias
doblaban mi vergüenza y mis tormentos...
Recuérdalo : mil veces me notaste
mi profunda aflicción, queriendo inquieto
la causa averiguar ; y yo otras tantas,
buscando mil excusas y pretextos,
te expliqué mi pesar, calmé tus dudas,
mostré tal vez el rostro más sereno,
ahondando con afán dentro del alma
mi continuo y roedor remordimiento.

EDIPO ¿Más cuál es tu delito, desgraciada?

YOCAS. En breve lo sabrás : deja a lo menos
que lástima te inspire un solo instante
tu triste esposa... Dame este consuelo
por último en la vida ; que harto en breve
horror te inspiraré.

EDIPO No a tal extremo
te ciegue tu dolor...

YOCAS. ¿Sabes mi crimen?...

No lo sabes, Edipo ; pues que veo
que aun me miras con lástima... No, Edi-
no la tengas de mí, no la merezco ; [po,
yo no la tuve de mi propio hijo,
que abrigué en mis entrañas!...

EDIPO ¡Calla !... Tiemblo
de saber más...

YOCAS. El inocente mío
al sepulcro pasó desde mi seno,
y yo en su muerte consentí, y su padre...
EDIPO Déjame respirar. Ya no me tengo
por tan infeliz... ¡ Hijas del alma,
lo fué aun más otro padre !
(Suspensión de unos instantes.) ¿Y Layo mismo
consentir pudo?...

YOCAS. Y su esperanza era
aquel niño inocente, y el objeto
de sus ardientes votos, y la prenda
de nuestra mutua unión...

EDIPO ¿Mas qué funesto
motivo fué bastante?...

YOCAS. Oyelo, Edipo : :
y sírvante mis males de escarmiento,
para aprender la fe que deba darse
a engañosos oráculos. Inquietos,
sin tener sucesión un año y otro,
nuestra dicha y placer no eran completos ;
que en medio de la pompa y la grandéza
nos afligía el solitario aspecto
de nuestro hogar, y desabrida el alma
las caricias de un hijo echaba menos.
Con súplicas, con votos, con ofrendas
importunamos sin cesar al cielo,
hasta que al fin nos pareció propicio
que iba ya a coronar nuestros deseos...
Aun no era madre ; y la esperanza sola
mi existencia doblaba y mi contento ;
y un placer me inspiraba, una ternura,
que solo siente el corazón materno.
Por su parte mi esposo los instantes
contaba con afán... pero el exceso
de este afán nos perdió : quiso impaciente
consultar un oráculo, que el pueblo
desde remotos siglos reputaba
guarda de los arcanos de este reino ;
le consultó ; y el Dios... o sus ministros
estas solas palabras respondieron :
*«El hijo cuya vida anhelas tanto,
la muerte te dará.»* De terror lleno

oyó mi esposo el formidable anuncio ;
quiso ocultarme su dolor inmenso ;
pero tan grave era, que no pudo
con él su corazón... De aquel momento,
perseguidos cual tú de un temor vano
y acosados de míseros agüeros,
ni una hora de paz ni de ventura
pudimos disfrutar : el mismo objeto
de tantas esperanzas convirtiósse
en objeto de horror ; y hasta en mi seno
palpitar le sentía con espanto,
cual un monstruo maldito de los cielos.
En tan horrenda situación nos halla
el fatal plazo ; se aproxima el riesgo ;
redóblase el temor ; un dios contrario
de libertarnos nos inspira el medio ;
y en aquel trance de terror y asombro
el atroz sacrificio resolvemos...
Un amigo de Layo al hijo mío
arrancó de mis brazos ; y en secreto
conduciéndole a un monte despoblado
a su suerte cruel le dejó expuesto...

EDIPO ; Infeliz !

YOCAS.

Mas apenas con su muerte
cesaron los temores, renacieron
con más fuerza y vigor en nuestras almas
los antiguos y tiernos sentimientos,
no dulces y apacibles como antes,
sino mezclados con letal veneno...
Presente a nuestros ojos noche y día,
sin cesar escuchando sus lamentos,
cuanto tocaban nuestras propias manos
nos presentaba de su sangre el sello ;
y la vista de un niño, el oír su lloro,
nos hacía temblar. Al fin el tiempo
lo agudo del dolor fué mitigando ;
mas nos dejó una angustia, un desconsuelo
dentro del corazón, aun más penosos
que el dolor mismo ; y con fatal anhelo
el término miramos de la vida
con el único fin de los tormentos.
Ese es el fruto, ese el reservado

a quienes fía de oráculos inciertos,
que con soñados riesgos amagando
nos sepultan en males verdaderos.

EDIPO Atónito he escuchado tus desgracias.

YOCAS. Y ¿querrás por ventura seguir ciego
la misma senda?... Edipo, abre los ojos ;
en mis propias desgracias toma ejemplo ;
y deja esos oráculos falaces
que asombren solo al ignorante pueblo.

EDIPO No, Yocasta : quizá los mismos dioses
del formidable amago se valieron
para salvarme del abismo : suya
fué la voz que escuché ; y antes prefiero
ser el más infeliz de los mortales
que exponerme a peligro tan horrendo.

ESCENA III

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS e HIPARCO.

HYPAR. Edipo, un mensajero de Corinto
acaba de llegar...

EDIPO Corre, vé luego,
y condúcele aquí...

ESCENA IV

EDIPO, YOCASTA y SUS HIJAS.

EDIPO ¿Qué nuevas penas
me anuncia el corazón?...

YOCAS. ¿Por qué tan presto
te dejas abatir?... Tras las desgracias
suelen venir a veces los consuelos...

EDIPO ¡No para Edipo, no ! Siempre mis males
de otros más graves precursores fueron.

ESCENA V

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS, HYPARCÓ y UN MENSAJERO DE CORINTO.

- MENSA. Salud, buen rey : y venturoso seas al lado de tu esposa, para ejemplo y dicha de tus hijos...
- EDIPO Noble anciano, ¿qué nuevas traes?
- MENSA. De Corinto vengo...
- EDIPO ¿Traes nuevas de mi padre?
- MENSA. El buen Polibo...
- EDIPO Sigue, acaba, no tardes...
- MENSA. Ya por premio de su virtud...
- EDIPO Acaba.
- MENSA. Está gozando en los Elíseos de descanso eterno.
- EDIPO ¿Hay más desgracias hoy?... ¿Hay más que caigan sobre mí?... [desdichas]
- YOCAS. Recobra aliento, Edipo, y a los golpes de la suerte tu fortaleza opon.
- EDIPO ¡ Ni aun el consuelo de abrazar a su hijo desdichado, de verle al espirar!... Dime, buen viejo : ¿Se acordaba de mí? ¿No repetía el nombre de su Edipo?
- MENSA. Fué el postrero que en sus labios se oyó ; y al pronunciarle, me estrechaba la mano con afecto...
- EDIPO Ingrato hijo, ¡ y tú le abandonaste, y le hiciste infeliz!...
- YOCAS. ¿A qué ese empeño de atormentarte más?
- EDIPO El me creía, a la hora de su muerte, justo, bueno, digno hijo suyo...
- MENSA. Le escuché mil veces

celebrar tu virtud, y por modelo proponerte a sus pueblos...

EDIPO Calla, calla ;
que el alma me traspasa con tu acento.

YOCAS. Retiraos, amigos... Con su esposa dejadle respirar unos momentos siquiera en libertad.

ESCENA VI

EDIPO, YOCASTA y SUS HIJAS.

YOCAS. Edipo mío,
si algun influjo en ti logran mis ruegos ;
si te importa mi vida ; y si no quieres
aumentar la amargura y desconsuelo
de esas prendas del alma, haz lo posible
por templar tu aflicción...

EDIPO ¡ Hoy mismo pierdo
a mi esposa, a mis hijas, a mi padre,
cuanto en el mundo amé !

YOCAS. No, Edipo : el cielo
te conserva a tus hijas y a tu esposa,
que no tendrán un hora ni un momento
que no piensen en ti... ¡ Con qué ternura
cuando se calme tu dolor acerbo,
de ellas te acordarás ! Al levantarte,
al entregarte al apacible sueño,
al sentarte a la mesa, *ahora, ahora mismo*
nombrándome estarán, ahora pidiendo
estarán a los Dioses por la dicha
de su esposo y su padre !...

EDIPO Tus acentos,
Yocasta mía, un bálsamo derraman
en mi llagado corazón... ¡ Aun tengo
quien se duela de mí, quien se apiade
del infeliz estado en que me encuentro !...

YOCAS. No te reprimas ; llora, desahoga
tu aflicción en mis brazos...

(Quedan abrazados unos instantes.)

EDIPO

Ya, ya puedo

respirar... ¿No lo ves? Hasta este llanto de mi grave dolor alivia el peso.

YOCAS.

Procura ahora calmar la viva lucha de tu imaginación; ya por lo menos sabes tu suerte, mísera, infelice, pero cierta; y al cabo es un consuelo ver el límite y fin de las desgracias, no temerlas mayores... ¿Qué se hicieron, Edipo, esos oráculos mentidos que tanto te aterraban?... Hoy por ellos a tu patria, a tus padres renunciabas; te condenabas a fatal destierro; y en medio de tus penas, solo vías la amenaza de males tan horrendos... Ya no, Edipo, ya no: tu hogar, tu patria, los votos y esperanzas de tus pueblos, los brazos de una madre cariñosa esperándote están... ¡Con qué contento la volverás a ver, a consolarla, a consagrar tu vida y tus desvelos solo a hacerla feliz!

EDIPO

Sí, esposa mía:

en medio de la angustia que padezco esa sola esperanza me sostiene, esa sola y no mas... Si pude ciego sacrificar la dicha de mis padres a un temor vano; si pagué su afecto con fuga y abandono; si no pude consolar en sus últimos momentos a mi buen padre, y a sus pies postrado demandarle perdón... al cabo un medio me queda de expiar mi grave culpa, a fuerza de cariño y de respeto, de no apartarme un hora, un solo instante de mi madre infeliz.

YOCAS.

Pues ya has resuelto

seguir la senda que el deber, mis votos, tu corazón te dictan, ¿qué provecho sacarás de afligirte?... Ven, Edipo, ven; que ya por instantes crecer veo las sombras de la noche; y tras la lucha,

tu fatigado espíritu y tu cuerpo
descanso han menester: mañana puedes...

EDIPO Esposa mía, solo te encomiendo
una cosa no más...

YOCAS. ¿Qué quieres? Dilo.

EDIPO (Corre enternecido hacia sus hijas y las abraza.)
Mira que el alma, el corazón te dejó,
más que mil vidas...

YOCAS. ¿Ves que las afliges?

EDIPO ¡Mis hijas... mis amores... hoy os veo
por la postrera vez!...

YOCAS. Cálmate, Edipo...

EDIPO ¡Vuestras tiernas caricias, vuestros besos
ya se acabaron para mí en el mundo!...

YOCAS. ¡Por piedad, caro Edipo!...

EDIPO Ya no espero
apoyo en mi vejez... Tener quisiera
a quien mirar en mi postrer momento.

(Edipo, Yocasta y sus dos hijas quedan abrazados, formando un grupo en el pórtico del palacio.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

EDIPO e HYPARCO.

EDIPO Hyparco, no tardemos : que ya el día a clarear empieza ; y con sigilo salgamos, sin que nadie nos aceche, de la ciudad.

HYPAR. ¿Por qué con tal ahinco apresuras tu propio el fatal plazo que tanto va a costarte?

EDIPO ; Tú que has visto mi lucha y aflicción, me lo preguntas !... Porque a cada momento que resisto, las fuerzas y el valor me van faltando ; y ni yo propio sé cómo he podido del palacio salir.

HYPAR. • Pues ahora debes mostrar tu corazón y antiguo brío...

EDIPO En medio de las hijas de mi alma la infeliz yace, que el quebranto mismo al sueño la rindió ; pero yo oía en la callada noche sus gemidos, y alguna vez me pareció escucharla que el nombre repetía de su Edipo...

HYPAR. ¿Es así cómo cumples tu promesa?

EDIPO ¿Pues qué más puedo hacer?... Ni aun he despedirme de ella y de mis hijas, [querido por no afligirlas más !

HYPAR. Según te miro, no es posible emprender tan larga marcha.

EDIPO Sí, sí, al instante ; en tan fatal conflicto,
mi solo anhelo, mi única esperanza
es llegar cuanto antes a Corinto.

HYPAR. ¿Y no fuera tal vez más acertado
a Atenas por el pronto dirigirnos?...

EDIPO ¡A Atenas !... ¿Y a qué fin?

HYPAR. Allí pudieras,
al lado de Teseo, más tranquilo
tus fuerzas restaurar...

EDIPO No te comprendo.

HYPAR. Si sabes mi amistad y mi cariño,
¿por qué de mi experiencia no te fías?

EDIPO Porque estoy viendo en tu semblante mismo
que algo me ocultas.

HYPAR. No...

EDIPO Tu propia lengua
al engaño se niega. ¿Qué motivo
te obliga a aconsejarme que no vuelva
a mi patria?

HYPAR. Ninguno...

EDIPO ¿Qué te ha dicho
el mensajero?

HYPAR. Nada...

EDIPO ¿Hay quien intente
el trono disputarme?

HYPAR. Yo no he oído
tal nueva...

EDIPO ¿Pues qué sabes?... En el mundo
¡que puedo ya temer!

HYPAR. Yo te suplico
por tu bien, por tu vida y por la mía,
no me preguntes más.

EDIPO Mi único amigo,
mi padre y mi consuelo, ¿qué me anuncia
ese llanto en tus ojos suspendido,
ese turbado rostro, ese silencio
que me hace estremecer?

HYPAR. Ningun peligro
te amenaza...

EDIPO. No es eso lo que temo ;
y bien lo sabes tú. ¿Por qué a Corinto
volver no puedo?

- HYPAR. Si, pero más tarde...
EDIPO ¿Por qué no ahora?
HYPAR. Acaso han esparcido algun falso rumor; y convinera, antes de presentarte en tus dominios, que lo aclarase el tiempo...
EDIPO ¡Qué me dices!
HYPAR. No tienes que inquietarte, caro Edipo; es sólo una voz vaga...
EDIPO ¿Y cuál?
HYPAR. Suponen que declaró al morir el rey Polibo...
EDIPO (Interrumpiéndole.)
¡No más! ¿Y el mensajero?
HYPAR. Oyeme, escucha...
EDIPO ¿En dónde está?
HYPAR. Tal vez se habrá ido...
EDIPO ¿En dónde está?
HYPAR. Detente... Si te obstinas en quererle escuchar, iré yo mismo a buscarle...
EDIPO Vé, corre, vuelve al punto.

ESCENA II

EDIPO, paseándose con agitación por el teatro.

Ya, ya mi corazón con mil latidos
el secreto fatal me está anunciando...
¿Quién te dió el ser? ¿Quién eres, triste
[Edipo?]
¿Quién eres?... Ni en la tierra, ni en el cie-
hallas quien te responda, y confundido [lo
tú propio tiembas, sin saber la causa,
al sondear tan horroroso abismo...
Mas no importa; la muerte es preferible
a sufrir por más tiempo este martirio;
y hasta en el borde mismo de la tumba
he de luchar con mi fatal destino.

ESCENA III

EDIPO y YOCASTA.

YOCAS. (Al salir apresurada del palacio.)
Acaba de anunciarme el buen Hyparco...

EDIPO ¿Quién soy? ¿quién me dió el ser? ¿dónde
¿Lo sabes tú? [he nacido?

YOCAS. ¿Qué importa, si tu esposa
te ama más que a su vida?

EDIPO ¿Acaso has visto
al mensajero?

YOCAS. No.

EDIPO Todos me engañan ;
¡ todos, hasta mi esposa !

YOCAS. Amado Edipo,
¿por qué así quieres traspasarme el pecho,
cuando ya apenas de dolor respiro?...
Ten lástima de mí ; tenla a lo menos
de aquellas inocentes... Ahora mismo
por su padre infeliz me demandaban...

EDIPO ¡ Por su padre !... ¿Y quién es, quién es el
Yocasta, quién?... [mío,

YOCAS. Serénate...

EDIPO Su nombre,
su nombre, no tu llanto, necesito.

ESCENA IV

EDIPO, YOCASTA, EL MENSAJERO, detrás de él HYPARCO,
y después, FORBAS.

En esta escena se colocarán los actores de esta suerte: el Mensajero e Hyparco, a la derecha de Edipo; Yocasta y Forbas, a su izquierda.

EDIPO (Al ver asomar al Mensajero.)
Ven, llega, anciano ; y tiembla, si faltares
un punto a la verdad. ¿No era Polibo
mi padre?...

MENSA. El os amaba tiernamente
con entrañas de tal...

- EDIPO ¿Mas soy su hijo?...
YOCAS. ¿A qué en día tan triste y tan aciago
te empeñas en buscar nuevos motivos
de angustia y de pesar?
- EDIPO ¿Lo soy?... Responde.
MENSA. Otros, mejor que yo, podrán decirlo...
EDIPO Tú... tú... ¿Lo soy?... Acaba.
MENSA. No lo eres...
EDIPO ¡No!...
YOCAS. ¡Desdichado!
EDIPO ¿Cómo lo has sabido?
MENSA. De los labios del rey.
EDIPO ¿Lo oiste tú solo?
MENSA. Y otros muchos también.
EDIPO ¿Cuándo lo dijo?
MENSA. El día de su muerte.
EDIPO ¿Por qué causa?
MENSA. De su propia conciencia compelido.
EDIPO ¿Dijo... no era mi padre?...
MENSA Varias veces
lo repitió llorando.
EDIPO ¿Y qué motivo
le movió a suponerlo?
MENS. El haber muerto
de Mérope, su esposa, el solo hijo,
casi al nacer, y el ansia que tenía
de un heredero...
- EDIPO ¿Y quién le prestó auxilio
para el cambio fatal?
MENSA. Su misma esposa.
EDIPO ¿Nadie lo presenció?
MENSA. Solo un testigo.
EDIPO Lo sabes tú de cierto?
MENSA. Y tan de cierto,
como que el niño le entregué yo mismo.
EDIPO ¿Y tú de quién le hubiste? ¿dónde? ¿cuán-
YOCAS. ¿A qué afligirte quieres?... [dó?
EDIPO Pronto, dilo.
MENSA. Yo lo diré, señor...
EDIPO Ahora, al instante.
MENSA. Mas déjame siquiera algún respiro...
EDIPO Al instante.

MENSA.

Ya voy...

EDIPO

¿Qué te detiene?

MENSA.

Un día que en la caza divertido,
del Citerón la cumbre recorría,
un extranjero ví que a un tierno niño
estrechaba en sus brazos, y mil veces
le colocaba en un oculto sitio,
y a abrazarle volvía... Silencioso
me acerco, llego, le sorprendo, insto
porque me explique su conducta extraña ;
mas tan turbado estaba, que ni él mismo
explicarla podía, y largo espacio
permaneció dudoso y pensativo...

EDIPO

¿Y luego?

MENSA.

Luego que cobróse un poco,
con palabras ahogadas, con suspiros
me entregó al tierno infante...

EDIPO

¿Y luego?...

MENSA.

Al punto

huyó veloz y se ocultó en los riscos.

EDIPO

¿Conocías acaso a ese extranjero?

MENSA.

En aquella ocasión sólo le he visto.

EDIPO

¿Su nombre?

MENSA.

No lo sé.

EDIPO

¿Su patria?

MENSA.

Tebas,

a juzgar por el habla y el vestido.

EDIPO

¿Qué edad tenía la infeliz criatura?

MENSA.

Pocos días no más.

EDIPO

¿Con qué designio
te la entregaron?

MENSA.

Entendí que era
por salvarle la vida.

EDIPO

¿Y qué peligro
le amagaba?

MENSA.

Lo ignoro.

EDIPO

¿Hubiste señas
de quién fuesen sus padres?

MENSA.

No lo quiso
aclarar a mi ruego el extranjero ;
mas si temes tal vez haber nacido

en baja cuna, alégrate y alienta :
que eres de noble stirpe.

EDIPO. ¿ El te lo dijo ?

MENSA. Yo propio colegí de sus palabras
que eras de sangre real.

FORBAS ¡ Piedad !...

EDIPO ¡ Maldito
seas !

YOCAS. ¡ Qué horror !

(Durante el anterior diálogo habrá ido creciendo por instantes la turbación de Yocasta y la de Forbas ; al final, éste se arroja a los pies de Edipo, quien vuelve el rostro hacia él y le maldice ; al mismo tiempo que la reina se aparta de en medio de entrambos, y se dirige precipitadamente al palacio.)

ESCENA V

EDIPO e HYPARCO.

(Edipo permanece inmóvil y silencioso unos instantes ; Hyparco se acerca a él : en este intervalo, Forbas y el mensajero se habrán retirado lentamente, y reuniéndose hacia el promedio del teatro, se encaminan juntos al palacio.)

EDIPO Lo sé... vencí mi suerte :
ya muero satisfecho.

HYPAR. Caro Edipo...

EDIPO No hay más allá... no hay más allá... hasta
veo el horror de mi fatal destino. [el fondo
Mi padre asesinó ; profané el lecho
de la que me dió el ser ; hermanos, hijos,
nietos, padres, esposos, hoy la tierra
verá por este monstruo confundidos.

HYPAR. ¡ Vuelve, infeliz, en ti !...

EDIPO ¿ Mas por qué tiembla
mi corazón aun ? ... Los dioses mismos
su venganza agotaron ; y ya impune
su cólera y enojo desaffó :

¿ Podéis hacerme ya más desdichado ?...
¡ No podéis, no ! Pues vedme ya tranquilo.

HYPAR. ¡ Oyeme, triste Edipo !...

EDIPO ¿ Quién me llama ?

HYPAR. Soy yo... ¿ no me conoces, hijo mío ?

EDIPO ¡ Mi padre tú !... no, no : ¿ ves esta sangre ?
pues de mi padre es. Solo te pido
que no lo digas ; ¡ calla !... que há diez años
que en mis manos la tengo, y no he podido
arrancármela aun.

HYPAR. ¡ Para esto el cielo
me ha guardado la vida por castigo !

EDIPO ¡ Lloras ! ¿ De qué te afliges ?... Tú no fuís-
yo lo diré : yo, yo fuí el asesino [te ;
de mi padre, ¡ yo fuí !

HYPAR. Guarda, escucha...

EDIPO (Acercándose hacia el panteón.)

¡ Asesino !... ¡ Asesino !... ¿ Lo has oído ?

No temas : es el eco de la tumba...

¡ Asesino !... ya apenas lo percibo...

HYPAR Ciudadanos, amigos ¿ no hay quien venga
a socorrer a este infeliz ?

PUEBLO (Asoman algunas personas por diversos lados de la pla-
za, y quédanse suspensas.) ¡ Edipo !

EDIPO ¿ Qué me queréis ?... Llegad : ¿ pedís mi
Más la deseo yo. [muerte ?

HYPAR Compadecidos
vienen en tu favor...

EDIPO ¿ Y por qué vengan
en esos inocentes mis delitos ?

¿Cuál es su culpa, cuál ?... Las desdichadas
aun no saben del padre que han nacido !

HYPAR. (Al pueblo.)

Venid, conduzcámosle al palacio...

¿ Mas por qué así os negáis a darle auxilio ?

¡ De cuándo acá los dioses bondadosos
amparar la desgracia han defendido !

Ven, hijo mío, ven...

EDIPO Aparta, aparta...

No quieras con halago fementido
pasarme el corazón : dame a mis hijas,
y mátame después. ¿ Pero qué miro ?

¡ Tú también, infeliz !... Huye, no toques
a ese lecho fatal, que maldecido

de los cielos está : ¿no ves la muerte que te aguarda y te llama?... Ya te sigo, ya voy, Yocasta !... Espera ; y el Averno nos verá con horror bajar unidos.

(Corre Edipo hacia el palacio e Hyarco va en su seguimiento.)

ESCENA VI

EL SUMO SACERDOTE y pueblo.

(Al entrar Edipo en el palacio se oscurece algun tanto el teatro, y se oye el estampido del trueno que resuena luego otras dos veces, con un breve intervalo. Durante este tiempo habrán acudido por todas partes gentes del pueblo, repartiéndose confusamente por el ámbito de la plaza ; después sale del templo el Sumo Sacerdote.)

SACER. ¿No oís, mortales, no oís?... La voz de Jove retumba ya sobre el excelso Olimpo ; y al eco de su ira, titubean la firme tierra y el profundo abismo. ¿Quién escapar podrá de su venganza ? ¿Quién?... en el trono en vano guarecido, muéstrase audaz el crimen, provocando del cielo la justicia y poderío ; el rayo vengador antes le hiere en la cumbre más alta ; y confundido entre escombros y miserables pavesas, de escándalo y terror sirve a los siglos.

EDIPO ¡ La muerte por piedad !... (Desde dentro.)

SACER. ¡ No, parricida !

Hasta la muerte está sorda a tus gritos ; y solo has de gemir y en noche eterna, sin mezclarte con muertos ni con vivos.

PUEBLO ¡ Santos dioses, qué horror !

SACER. Sobre su frente su imprecación fatal ha recaído,

ESCENA VII

SUMO SACERDOTE, HYPARCO y pueblo.

HYPAR. (Desde la puerta del palacio.)

¡No hay uno, uno siquiera !...

SACER.

¡ Ven, anciano ;

y a nombre de los Númenes te intimo
que anuncies, para ejemplo de la tierra,
de la raza de Lábdaco el castigo !

HYPAR.

¿Qué voz fuera bastante a presentaros
cuadro tan espantoso?... Yo le he visto
con estos ojos, yo ; y apenas creo
lo que acabo de ver... En pos de Edipo
penetré en el palacio, recelando
su desastroso fin... Daba rugidos
como un león, y a voces demandaba
por su madre y esposa... Un dios maligno
sus pasos guía a la fatal estancia ;
¡a puerta halla cerrada, rompe el quicio,
corre al lecho nupcial, y ve a Yocasta
ahogada, dando el postrimer gemido...
Yo a este tiempo llegué... vi abalanzarse
al infeliz sobre el cadáver tibio,
soltar el duro lazo, y de su madre
besar con ansia el rostro ennegrecido...
Mas álzase de pronto, y con la vista
sus armas busca en el usado sitio ;
no las encuentra, brama, y sin tardanza
revuelve su furor contra sí mismo...
Con los propios adornos de la reina
sus ojos rasga ; y con feroz ahinco
una vez y otra vez hunde las puntas
en los sangrientos cóncavos... Ni un grito
arrojó de dolor : desatentado
busca la puerta, escápase, le sigo :
y a ciegas por los ámbitos vagando
la muerte invoca con furor impio...

ESCENA VIII

EDIPO, SUMO SACERDOTE, HYPARCO y pueblo.

EDIPO (Sale de repente, con los ojos ensangrentados, y cruza con presteza el teatro.)

¡ Huid, tebanos, huid !...

PUEBLO (Apartándose con asombro.) ¡ Rey desdichado !

SACER. ¡ La maldición del cielo va contigo !

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

Precio: DOS ptas.